

que se cree útil y conveniente y beneficioso para ti, se persiga y se acaricie, y otra muy distinta la imposición forzosa de ello, que en mí no cabrá jamás; en este supuesto, ¿qué mal hallas en la venida de ese pobre chico, ni á qué te compromete, para que tanto la temas?

— La temo, papá, — respondió Nieves al instante, — porque barrunto que Nacho viene para algo más que conocernos; porque le creo enterado por su madre de esos propósitos vuestros que se conocen ya hasta en casa de Rufita González... ¿No se lo has oído más de una vez? ¿Quién se lo ha dicho sino su tío, el padre de Nacho, ó la tía Lucrecia... ó Nacho mismo? Porque para supuesto, me parece excesiva la matraca de esa simple en cuanto me ve.

— ¡Vete tú á saber!... ¿Te ha insinuado él algo á ti?

— Lo suficiente para darme otra prueba de que está bien enterado; y no me ha hablado con mayor claridad, porque en ese punto siempre le he tenido yo á raya. Pues bien, figúratele ya en Pelechés con esas intenciones y muy pagado de lo mucho que

aquí se le desea; y considérame á mí con las manos atadas por los respetos que tengo que guardar á los proyectos consentidos y ensalzados por ti. Con todo esto y lo pegajoso y azucarado que él es, no hay remedio, papá: ó tiene que darme á mí muy malos ratos, ó tengo que dárselos yo á él peores. De cualquier modo, la cosa no es divertida.

— ¡Canástoles! — saltó don Alejandro entonces. — Es que tú das por hecho que ese chico ha de serte molesto y aborrecible; y ¿por qué no ha de resultar todo lo contrario después que le trates?

— Porque es imposible eso, — respondió Nieves con un acento de convicción tan absoluta, que dejó suspenso á su padre.

— ¡Imposible! — replicó éste después de observar con gran fijeza á Nieves que parecía algo pesarosa de su arranque. — Y ¿por qué ha de serlo? ¿Qué motivos hay para que lo sea? Hasta ahora, todo te parecía simpático en él. La mayor tacha que le ponías era su lenguaje; y no porque te sonara mal, sino por extrañarte el sonido. ¡Bien poca cosa tenías que tacharle! Pues de ayer acá, todo ha cambiado en el pobre

chico, como si para mirarle te pusieran un velo negro delante de los ojos. ¿Es verdad esto? ¿sí ó no? Respóndeme, hija mía, pero acordándote de que te has alabado hace un momento de ser llana y á la buena de Dios.

— Otra exageración tuya, papá, — dijo Nieves eludiendo la respuesta terminante que se la pedía. — No es ese el caso.

— Corriente, — añadió Bermúdez tomando nueva postura en la silla. — Pasemos también por eso, y quédense las cosas donde y como tú quieres ponerlas. Pero bueno ó malo, blanco ó negro, ya está tu primo llegando á las puertas de Peleches: ¿qué hacemos con él? ¿se las cerramos? ¿le dejamos entrar?

— Tampoco se trata de eso, papá: repáralo bien.

— ¡Otra te pego! Pues ¿de qué se trata, hija mía?

— Se trata de responder á una pregunta que me hiciste al principio. Querías saber por qué no me alegraba yo con la noticia que me diste, y ya lo sabes. No se trata de otra cosa.

— Perdona, hija del alma, — repuso Ber-

múdez con una sonrisilla muy amarga. — Me has explicado, á tu modo, las repugnancias ó disgusto, ó lo que sea, que te produce la noticia que te he dado; pero el por qué, la causa generadora de todo ello, te has guardado muy bien de declarármela.

Algo vivo y muy sensible debió herir en los adentros de Nieves esta salida de su padre, porque no halló reparo que ponerle ni serenidad bastante para suplir con un ademán ó un gesto la falta de una palabra.

— ¡Ay, Nieves! — la dijo Bermúdez entonces moviendo desalentado la cabeza: — tampoco yo soy lo que fuí en el modo de mirar ciertas cosas; también tengo, de poco acá, mi correspondiente velo que me cambia los colores. ¡Si supieras qué fantasmas veo algunas veces, y con qué claridad en otras! Por de pronto, veo que no he vivido solamente en el error que me citaste, sino en otros muchos; y voy temiendo que uno de los mayores ha sido el de traerte aquí tan de prisa y con los fines con que te traje.

— Pues si eso ha sido un error tuyo — saltó Nieves emocionada y nerviosa, con la sinceridad de lo que decía bien reflejada en

sus ojos, — á tiempo estás de enmendarle. Volvámonos desde mañana, desde hoy, si es posible, á Sevilla. Puede que hasta te lo agradezca yo mucho... Créeme, papá, porque te lo digo de todo corazón...

— ¡Eso es! — dijo Bermúdez casi aplinado ya, — huídos... ¡huídos, Nieves!... ¿Y de qué... ó de quién, hija mía? ¿Del pobre mejicanillo? Tiene muy poca sombra ése para infundirte tanto miedo. Algún otro coco habrá de mayor talla por ahí... sabe Dios en dónde. Pero ¿qué te importa á ti que le haya ó no le haya? dirás tú. Y con muchísima razón. A mí ¿qué me importa, ni qué motivos hay, ni quién soy yo para que me importe?

El pobre don Alejandro se conmovía por momentos; y Nieves que se lo notaba en la voz, acabó de perder la poca serenidad que le quedaba, y rompió á llorar de firme con la cara entre las manos. Acudió su padre á consolarla, y ella entonces le echó los brazos al cuello.

— ¡Pobre papá! — le decía entre besos y lágrimas, — tú no mereces que yo te dé un mal rato... y sin causa ni motivo... por-

que no los hay... yo te lo aseguro... Es que sucedió lo que temía... que no sé dar á esas cosas serias su propio valor... cuando quiero explicarlas; y no hay más... Yo no haré sino lo que á ti te agrade... ¿Te parece mucho dejarme libre la voluntad en esos planes vuestros?... Pues ni eso te pediré. Y te juro que nunca trataré de imponerte la mía, aunque me fuera en ello la vida entera... ¡Qué más he de decirte? ¿Lo encuentras poco todavía... para perdonarme... y para quererme como siempre me has querido? ¡Virgen María!... ¡Papá del alma!... ¡Si tú supieras!...

Bermúdez no podía contestar á Nieves con palabras, porque no hallaba medio de articular la más sencilla. Suplía esta deficiencia pasajera apretando ó aflojando los abrazos á su hija; y así se entendieron los dos tan guapamente.

Por remate de la escena, que fué larga, logró decir con regular firmeza don Alejandro mientras enjugaba las lágrimas de Nieves con el pañuelo:

— ¡Ea, se acabó esto, canástoles! Y ahora, á su cuarto la niña para refrescarse

la cara, y sobre todo los ojos, que se nos han puesto como dos puños... ¡Y unos ojos

tan bonitos!...

¡Por vida de...!

¡Vaya, vaya...!

Se nos va á lo

mejor el santo

al cielo; se deja

uno ir detrás á

lo tonto, y luego

sucedan estas

cosas tan des-

agradables...

¡Canástoles!...

¡como si no hu-

biera tiempo de

sobra en la vida

para irse dicien-

do los secretillos

más guardados,

poco á poco y

cuando mejor

nos convenga!

¿No es así, hija

del alma?... Conque á recogerse y refrescarse un poquito.



Nieves, que estaba deseándolo, complació bien fácilmente á su padre; el cual, al verse solo y al reconocer su herida, observó que con el final de la reciente escena había desaparecido el clavo, pero dejando la punta dentro.

Cerca del anochecer, llegó don Claudio Fuertes. Mandóle pasar don Alejandro á su gabinete, y allí se estuvieron encerrados los dos hasta la hora de cenar; porque Nieves se acostó muy temprano; y con este pretexto, despidió Catana desde la puerta, cumpliendo las órdenes de su señor, á los dos Pérez cuando llamaron á ella á la hora acostumbrada de todas las noches.

Don Adrián sorprendido y Leto atolondrado, bajaron hasta muy cerca de la botica sin decirse una palabra. Allí fué donde el boticario padre enderezó estas pocas al farmacéutico hijo:

— Verdaderamente es raro, ¡caray! sí señor... es raro. Ni siquiera de cumplido, hombre: «pasen ustedes un momento... avisaré á don Alejandro»... para hacerle el homenaje de amigos... eso es... Pues nada, Leto... portazo ¡caray! ¿Se habrá

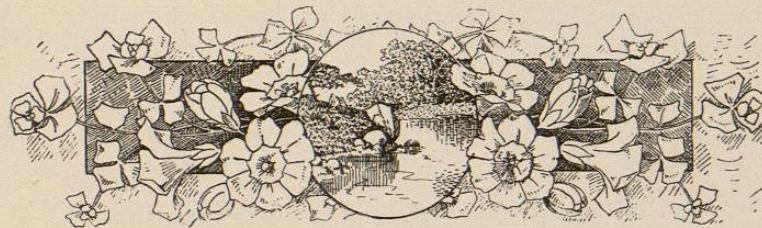
sabido aquello? ¿Habremos caído en desgracia?... Si es de cuidado lo de ella... por lo mismo; y si no lo es, igualmente... Vamos, ¡caray! que no hallo razón para el... llamémosle desaire, eso es, inmerecido... Y no me duele por desaire, no señor: me duele como síntoma, como síntoma ¡caray! de un enojo... eso es, del señor don Alejandro... ¡Caray! con lo que yo le estimo y le... ¿Lo ves tú de otro modo, Leto?

— Falta saber — dijo éste — si á don Claudio le ha pasado lo mismo que á nosotros; y eso lo sabré mañana, si no lo averiguo esta misma noche.

— Me parece bien pensado, hijo; muy bien pensado... eso es.

— Y si resulta que no ha habido portazo para él, démonos usted y yo por muertos en Pelechés.

— ¡Caray, caray!



X

UN INCIDENTE GRAVE

EN buen grado de tensión estaban las impacencias de Leto para dejadas así hasta el día siguiente, sin el riesgo de un estallido! En cuanto entró en la botica le dijo á su padre:

— Me voy á buscar á don Claudio.

Y se fué. Le buscó en el Casino: no estaba allí. En su casa: tampoco. Anduvo